

Sergio Pitol y la velocidad del viaje



Josué Sánchez

Ilustración: vstudio / Freepik

Conocí a Sergio una tarde de verano del 2011. Yo acababa de volver a México después de una estancia en Europa, tenía 22 años y mi inseguridad o una especie de afán de buen estudiante me hizo pensar que la enumeración de algunas de las ciudades que había visitado causaría una buena impresión. Sin embargo, la afasia de Sergio había avanzado al grado de que debía limitar a monosílabos o gestos cualquier cosa que quisiera expresar. Ese día, en la sala de su casa en Xalapa, la mención de Cracovia, Šlovitce y Poznań le provocó una sonrisa amable, pero nada más. Incluso Lola y Homero, sus perros, parecían adormilados del tedio que puede causar un estudiante que reducía los viajes a la revisión de una lista de supermercado. Fui necio y hablé de Trento, Boloña y Venecia; seguí con varias ciudades de Portugal, hice un breve recorrido por Alemania y rematé con España. Con el tiempo, creo que puedo enjuiciar mis pretensiones a la luz de unas palabras de Kazimierz Brandys cuyo libro, *Cartas a la señora Z*, el mismo Sergio tradujo al español: “Se puede describir una cosa que se recuerda; las cosas sólo vistas pueden cuando mucho ser citadas. Las guías impresas sirven precisamente para eso”.

Sergio mantenía su actitud generosa y yo me sentía derrotado. No sé por qué, pero en algún momento le dije que era de Córdoba y recordé las rancherías cercanas a mi ciudad. El nombre de Potrero quedó suspendido en medio de la sala y reconocí en Sergio una mirada de verdadera satisfacción, alzó los brazos hacia el techo en un gesto que era un desplante de felicidad característico de él, y sonrió como para dejarme claro que cualquier jerarquía es inventada a la hora de sopesar la importancia entre una ciudadela medieval europea y cualquier pueblo del Sureste mexicano.

Esa fue la primera vez en que lo vi auténticamente conmovido; esa fue la vez en que me enseñó una de las lecciones sobre literatura y vida que jamás había considerado a la hora de escribir, porque Sergio, con esa euforia aplacada en el silencio de la tarde que recordó el nombre del pueblo donde su madre y su hermana habían muerto, me hizo ver que la noción de provincia era una de las invenciones más grandes de la literatura: uno lleva la propia, por ejemplo, el Piamonte de Pavese, el Yoknapatawpha de Faulkner o el Sur borgeano, como una pieza de ficción diseñada a partir de la memoria.

A partir de entonces, Sergio me demostró que el viaje es apenas un trámite en la experiencia cosmopolita; lo más importante reside en la

Sergio me demostró que el viaje es apenas un trámite en la experiencia cosmopolita; lo más importante reside en la traducción del mundo a la nomenclatura de la aldea propia, al modo en que lo entendía Chéjov.

traducción del mundo a la nomenclatura de la aldea propia, al modo en que lo entendía Chéjov. Cada tarde, entre las lecturas que hacíamos, por ejemplo, de Tabucchi o Thomas Mann, Sergio subrayaba la inutilidad de leer como turista; uno debía de reconocerse en la Lisboa de Pereira y la Venecia donde caminaban Aschenbach y Tadzio; uno debía dejar que cada lectura vagara por la provincia propia como si ésta fuera una catedral donde la voz de cualquier autor pudiera filtrarse entre la piedra que daba forma a rosetones, ojivas, torres y arbotantes: la materia y forma de donde nace el proyecto literario.

Sergio acaba de morir. Después de enterarme de esto, revisé algunos fragmentos de los libros que conforman la Trilogía de la Memoria y no encontré alguna palabra que calmara la noción de su pérdida. Se me ocurre, sin embargo, que acaso tocó el tema de su muerte de manera indirecta en la traducción que hizo de Brandys y que antes cité: “Es necesario vivir la propia muerte en Venecia y después, en ultratumba, volver a reflexionar sobre todo. Sé lo que se puede hacer. En las ciudades verdaderamente bellas puede ocurrir que un día uno se despierte con la idea de no levantarse más del lecho y de pudrirse en aquel hotel extranjero. Es un buen signo. Quiere decir que el turista ha llegado a su destino, a la ciudad como personalidad que lo anonada. No es necesario defenderse, se debe ya ver y capitular.”

Digo que Sergio reflexionó de manera indirecta sobre su muerte porque las tres preguntas al inicio de *El arte de la fuga* parecen confirmarlo: “¿Moriría en Venecia? ¿Surgiría algo que lograra transformar en un momento mi destino? ¿Renacería, acaso, en Venecia?”.

No creo en la reencarnación y me resulta difícil imaginar una vida posterior a ésta. De todos modos, sé que Sergio viaja ahora nuevamente y más rápido que cualquiera de nosotros; alcanzó una velocidad imperceptible y a la vez presente en la más mínima tarea cotidiana: vestirse, lavar los platos, comer. Es la misma velocidad que confrontaré en alguna ocasión, ojalá muy tarde, como el día en que tenga que volver a Xalapa y caminar por la calle de Pino Suárez, levantar la mirada y reconocer la casa donde alguna vez hablé con un hombre que conocía el peso exacto de Venecia, Cracovia, Córdoba y Potrero.